

# UNAS CUANTAS QUEJAS PARA DERRIDA

Carlos Piera

Escribe Jacques Bouveresse que *una de las razones por las que se ha vuelto tan difícil replicar al discurso antirracionalista habitual hoy en día es porque ataca concepciones que nadie defiende presentándolas como si fueran las de prácticamente todo el mundo*. Se equivoca, me parece, pues la crítica literaria se ejerce y ha ejercido en muchos sitios desde supuestos que, en otros terrenos, *nadie defiende*, de modo que diversas variantes de ese antirracionalismo han encontrado en ella terreno abonado. Ningún físico o biólogo mínimamente astuto aspira ya a encontrar la verdad última, pero hay críticos que se aplican a desentrañar definitivamente una novela, dulcemente ignorantes de que una novela es un objeto más complejo que los que pueden permitirse estudiar las ciencias naturales. De ahí que en muchos departamentos de literatura, sobre todo transatlánticos, se haya recibido como agua de mayo a los portadores de mensajes que resultan más bien sosos para quien tiene algún contacto con los debates epistemológicos de las últimas décadas (cuyas limitaciones, por lo demás, no hacen al caso). Por ejemplo, el mensaje de que las interpretaciones se pueden suceder indefinidamente, superándose unas a otras, pero a partir de aquello mismo que se supera. Pero de ahí no se deduce ningún relativismo *hard core*, pues ni todas las interpretaciones son equivalentes (si lo fueran no se sucederían unas a otras) ni cualquiera de ellas es válida (la que no lo es en absoluto no supera a ninguna otra); se echa de ver además, dado lo segundo, que alguna clase de correspondencia con el objeto estudiado sigue formando parte de los criterios de validez de la interpretación. Las proclamas de relativismo generalizado que acompañan a la actividad crítica de los llamados deconstruccionistas se ven así desmentidas por la práctica misma, como suele suceder con todo antirracionalismo cuando condesciende a ocuparse de objetos empíricos.

Tiene su ironía el hecho de que la influencia que tan ansiosamente combate la crítica estadounidense sea la del *new criticism* indígena, que a su vez se alzó como bandera de las humanidades frente a las *ciencias* (y de paso, más de una vez, en favor de los valores del viejo Sur). Menos irónicos y más fáciles de rastrear, los fallos del estructuralismo son la causa más directa del éxito de Jacques Derrida y los deconstructores. En sus versiones más comunes el estructuralismo se afanaba en construir sistemas cerrados basados en oposiciones. Derrida insiste con sucesivos ejemplos en que ningún sistema es independiente de sus límites (de lo que, por tanto, está fuera de él) y en que toda oposición es insostenible. Quienes en la práctica del análisis habían intentado agotar las consecuencias del estructuralismo pueden encontrar así una vindicación de sus frustraciones, y tanto más directamente cuanto que Derrida no cuestiona, sino que da por supuesto, que tal juego de oposiciones y sistemas es constitutivo del conocimiento según lo entiende ese chivo emisario llamado pensamiento occidental. Suposición por cierto bien arriesgada. En este terreno, las críticas de Derrida son atinadas y a menudo brillantes; se trata, sin embargo, de un terreno equivocado. Contra el estructuralismo como teoría se pueden aducir muchas cosas, pero es una teoría que comprende mejor el significado de la abstracción que este adversario suyo. Derrida señala una y otra vez cómo una distinción (o una oposición) resulta imposible de mantener en todos los casos; la imitación y lo imitado, la lengua y el habla, el significante y el significado, lo intrínseco y lo extrínseco en una obra de arte no son siempre discernibles ni mucho menos. Hasta aquí todo bien. Pero para que una distinción sea operativa basta, en principio, que esté clara en un cierto número de casos particulares y que no albergue contradicción. Actualmente podía ser del dominio común que no hay manera de aclararse en regiones bastante más simples que la de la mimesis, como al distinguir el oro o los gatos de lo que no es oro ni son gatos; no es otro el notorio problema de la identificación de las *clases naturales*. Y, sin embargo, nos movemos, de igual manera que una teoría literaria se puede mover perfectamente (si hace falta, si viene a cuento, si la teoría da con ello razón de algo) con el concepto de mimesis. Derrida se decepciona espectacularmente ante la imposibilidad de mantener, como él dice, distinciones rigurosas; sólo lo aparatoso de la decepción nos sugiere que su fuente no es una ingenuidad filosófica rayana en el primitivismo.

Se me dirá que es mérito de Derrida el identificar lo insostenible de las distinciones en los mismos autores que las han propuesto. Respondo que sí, aunque es natural que sean ellos los que traten de explorarlas hasta sus límites, dejando así expuesto lo que tengan de inválido. Veamos, en todo caso, uno de los ejemplos de deconstrucción derrideana más aplaudidos. Derrida mo-

teja al pensamiento occidental de *logocéntrico*, pues atribuye privilegios a la palabra hablada sobre la escrita. Saussure, en particular, sostuvo que el objeto primordial de la lingüística es lo oral, y no su *representación* gráfica. En un momento dado viene a explicar Saussure que la **b** que se oye en **el barco** y la que se oye en **un barco** son realizaciones de un mismo fonema /b/; son distintas, ya que en una se cierra la boca y en la otra no, pero esta distinción no es pertinente. Pues bien, para aclarar la cuestión de los fonemas no se le ocurre otro ejemplo que el de las letras: una t es una t tanto gótica como en redondilla; lo importante es que se distinga de una f. Gran alborozo derrideano: miren cómo se le ve el plumero a Saussure, que resulta una reencarnación más de una longeva proclividad histórica. Quizá la misma que hizo invocar al Logos a San Juan Evangelista.

Lo más terrible que implica este análisis es que todos los textos son tan cabales y de una pieza como los textos sagrados. El *texto* del pobre Saussure son unos apuntes de clase, por el amor de Dios. Uno tiene la sensación de agobio strindbergiano que producen las disputas matrimoniales: pues tú dijiste que no sé qué y no sé cuántos; pues no es verdad, lo que dije fue que tu cuñado tal cosa; mentiroso, etcétera. Si en los apuntes del pobre (aunque también aquí excesivamente citado) Saussure hubiera caído otro ejemplo, entonces Derrida, de Saussure, ni una palabra. Dice Derrida que no intenta negar la validez que la propuesta de Saussure tenga en su ámbito. Pues faltaría más. En tiempos de Saussure todavía muchas gramáticas hablaban de cómo la *letra* latina **f** (pongamos) se convierte en la castellana **h**; abundaban, pues, los dislates nacidos de hacer las gramáticas para las lenguas escritas. Dicho sea de paso, si se quisiera argüir que la cultura occidental es grafocéntrica se podría hacer perfectamente, desde el peculiar sentido derrideano del rigor, usando éste y otros mil ejemplos. No quiero dar la impresión de que apruebo la determinación saussureana. Los que han investigado el papel de la escritura en la configuración de nuestro pensamiento y nuestras sociedades (a partir de Parry y Havelock) y los que (Ann Banfield, por ejemplo) han señalado peculiaridades gramaticales, no estilísticas, en el lenguaje escrito nos obligan a cuestionar la marginación mecánica de lo gráfico. Eso no quita que la distinción de lo oral y lo escrito, como sin duda otras cuyos márgenes explora Derrida, resulte imprescindible en su ámbito. Por ejemplo, las letras son unidades cuyos componentes (los trazos) carecen de relevancia lingüística, hasta el extremo de que una **a** mayúscula romana y una minúscula redonda no tienen absolutamente nada en común; las unidades mínimas de lo fónico son en cambio los rasgos distintivos (el resultado de abrir o no la boca o el de hacer vibrar las cuerdas vocales) de que se componen los elementos que las letras intentan representar. Para que se pudiera desarrollar

una fonología basada en los rasgos ha sido preciso fijarse en la especificidad de lo oral; del altivo escepticismo que negara la posibilidad de hacerlo sólo hubiera salido la paralización de la fonología.

Volviendo a nuestro tema, ¿cuál es el ámbito en que la observación de Derrida es pertinente? Sólo uno: aquel en que los textos son totales, definitivos, exentos, autónomos y autosuficientes. O sea, una pesadilla estructuralista nacida del sueño de esa capacidad de abstracción que intenta, cuando menos, ante el horror apriorístico de infinidad de profesores, separar lo esencial de lo accesorio. Una pesadilla, también, que curiosamente mina o desconstruye el paisaje de la esencial indeterminación derrideana exhibiendo unos rígidos límites que, literalmente y con perdón, son totalitarios. El slogan *Il n'y a pas de hors texte* es la aceptación de una condena, kafkiana por lo inexplicada. El supuesto descubrimiento de que podemos jugar indefinidamente con un juguete se usa para ocultarnos que no nos van a dar más que uno.

En este punto hay que recordar que desde supuestos aberrantes se puede hacer, en algún caso, una crítica literaria excelente; sin duda será porque la complejidad del objeto literario es tal que caben acerca de él gran cantidad de hipótesis que es imposible refutar, ahora o quizá nunca. La exploración deconstruccionista de las contradicciones ha acabado siendo tan relevadora como lo fue antes la de los sistematismos, y mucha de la mejor crítica literaria estadounidense está de algún modo influida por los éxitos de tal exploración. No ha sido inútil que se empezara a atacar sistemáticamente a una forma de crítica que agarra un texto y, en palabras de Derrida, *lo reduce a su tema significado*. Pero cuesta trabajo perdonar el que, con todo ello, se consolidara una casta de críticos que pudieran servir de paradigma para lo que W. H. Auden llamaba el *critic's critic: su análisis crítico de la obra de su ídolo excede en complicación y dificultad la obra misma hasta el punto de que al que no la haya leído le quita las ganas de leerla. Es de sospechar que este crítico esconda un agravio. Le resulta desdichado y lamentable que antes de que haya crítica tenga que haber un poema que criticar.*